

CAPÍTULO 6: NIETOS DE DIOS

¿Cree usted en la justificación por herencia? La humanidad ha inventado cierto número de marcas diferentes de justificaciones falsas. Por supuesto, está la justificación por obras, y la mayoría de nosotros sabe que esto no tiene asidero. Tenemos la justificación por resolución (cada día de Año Nuevo volvemos a intentarlo). Tenemos la justificación por denominación: si pertenecemos a la iglesia verdadera, la obtendremos. Tenemos la justificación de la que habremos oído hablar alguna vez, de someternos a una lobotomía prefrontal (extracción parcial del cerebro), para entonces ser justos. Tenemos hasta la justificación por arquitectura, en virtud de la cual la gente puede maldecir, y jurar, y beber en la calle, y después entrar en una gigantesca catedral, y sentirse movida a una reverencia tal, que ni se atreven a emitir el menor susurro. Recuerdo que cuando entré en la catedral de San Pedro, en Roma, me sucedió algo similar.

También tenemos la santificación por herencia. “Soy cristiano de segunda o tercera generación”. ¿Lo es usted?

¿Es posible pertenecer a la tercera generación de cristianos? Cuando estaba en la escuela secundaria, uno de mis profesores se puso de pie un día frente a la clase, y preguntó: “¿Cuántos de ustedes nacieron siendo adventistas?” La mayoría de nosotros levantamos la mano, y él dijo: “¿De veras? ¡Qué interesante! ¿Cuántos nacieron siendo ya adventistas? Quiero decir, ¿cuántos nacieron creyendo en el sábado, y en la segunda venida de Cristo? Escuchen mis amigos, lo único que les interesa a ustedes cuando nacen, es saber dónde van a encontrar algo qué comer”. Y siguió demostrándonos que nadie es adventista por herencia. Cada uno tiene que experimentar su propio nacimiento en el reino de Dios. No hay alternativa. Por eso, Dios no tiene nietos. Supongo que podríamos encontrar a alguien que pudiera calificar de tal a Abel. Quizás él llegó a ser lo más cercano posible a un nieto, hablando técnicamente.

Pero en el sentido espiritual, Dios no tiene nietos. A veces he pensado si el demonio no tendrá algunos. Es probable que tenga muchos: la iniquidad de los padres, “visitada” en los hijos, hasta la tercera y cuarta generación. Pero eso no sucede con Dios. De ahí que él nos llama hijos una y otra vez. Los que han aceptado el gran plan de Salvación, son sus hijos e hijas. Debido a su gran amor, y al hecho de que él lo ha derramado sobre nosotros, nos llama sus hijos. La Biblia dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios”. (1 Juan 3:2). ¡Ahora! Cuando lea esto, se sentirá tentado a hacer una pregunta: ¿Cuándo es “ahora”?

¿Quiere decir cuando usted esté listo para la traslación (cuando Jesús arrebatará a sus hijos en las nubes de los cielos), cuando haya probado que sigue siendo fiel, y que va a seguir siendo una buena persona? ¿Es así como funciona? No. Ese no es el “ahora”.

¿Querrá decir entonces, cuando haya pagado suficiente diezmo, y nunca haya dejado de asistir a la iglesia? No. Ese no es el “ahora”.

¿Cuándo llegamos a ser hijos de Dios? He encontrado un primo hermano de este texto en Juan 1:12-13, que declara específicamente así: “Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”. Nadie puede lograrlo por su propia fuerza de voluntad, ni por disciplina personal. No es posible lograrlo por ningún medio humano. Viene como resultado de ser nacidos de Dios. La palabra potestad, en este texto, significa realmente “derecho” o “autoridad”. A ellos les dio el derecho o la autoridad de llegar a ser hijos de Dios. De manera que cuando una persona cree en Jesucristo como su Salvador personal, entonces llega a ser hijo de Dios. Y esto implica más que un simple ejercicio espiritual, más que una actitud mental. Comprende más que un asentimiento mental. Implica llegar a tener una relación constante de

dependencia y confianza, de comunicación personal con el Padre.

-Pero aguarde un minuto, dirá alguien. Cualquiera puede deslizarse. Eso no hace ninguna diferencia. Ahora esa persona es hijo o hija de Dios. En esto están incluidos los que se deslizan, caen y pecan, los que siguen cometiendo errores. “Ellos siguen siendo mis hijos, dice Dios, siguen siendo mis hijas”. “Amados, ahora ya somos hijos de Dios”. ¿Escribe Juan a personas perfectas? No. Él mismo dijo: “Pero si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos ante el Padre”. Aquí no estamos tratando de construir una plataforma para la licencia para pecar, sino diciendo que podemos tener un hijo inmaduro, pero ello no quiere decir que no sea nuestro hijo, y que por lo tanto lo vamos a echar a la calle cada vez que cometa un error. Y si las personas están dispuestas a aceptarse unas a otras, a pesar de sus imperfecciones, ¡cuánto más Dios!

A veces olvidamos que cada uno de nosotros, individualmente, es responsable delante de Dios, y que debemos aceptar por nosotros mismos el gran plan de salvación. La justificación no es hereditaria. Nadie entrará en el Reino de Dios en los brazos de su padre, ni en las faldas de su madre. Cuando llegó el momento de irme a la universidad, este hecho fue una de las cosas que tuve empezar a considerar por mí mismo. Yo iba a estar fuera del ambiente agradable, amistoso y protector de mi familia cristiana, dentro del cual había crecido. ¿Había ya nacido de nuevo? ¿Era hijo de Dios gracias a ese hecho, y esa experiencia personal? ¿Sabía lo que significaba tener una relación con mi Padre Celestial?

“¿Está usted en Cristo? No, si no se reconoce a sí mismo como un pecador errante, desvalido y condenado. No, si se exalta y se glorifica a sí mismo. Si en usted hay algo bueno, todo es atribuible a la misericordia de un Salvador compasivo. Su nacimiento, su reputación, sus riquezas, sus talentos, sus virtudes, su piedad, su filantropía, o cualquier cosa en usted, o que esté conectada con su voluntad, no forma un vínculo de unión entre su alma y Cristo. No es suficiente que crea en cuanto a Cristo; tiene que creer en Él. Tiene que depender completamente de su gracia salvadora” (5TPI 48-49)

El nacimiento físico no nos hace hijos de Dios. Vivo agradecido por mis antepasados cristianos. Y también estoy agradecido de pertenecer a una tercera generación de adventistas. Agradezco a mi abuelo Nels, quien vino de Noruega, junto con sus hermanos Knute, Ole y Martin. Vivo agradecido, por la herencia y los antecedentes luteranos de esta gente que temía a Dios, que lo amaba, gente del viejo continente. Un día, mi abuelo Nels se puso a leer la Biblia y tropezó con los Diez Mandamientos, y algo le llamó mucho la atención.

- ¿Dónde está el almanaque?, preguntó. Después de mirarlo, empezó a poner las cosas en su lugar. Entonces dijo a mi abuela:

-Madre, creo que no hemos entendido lo que dice la Palabra de Dios. Así empezó a adorar a Dios en su día especial, sin siquiera saber que había otras personas en el mundo que hacían lo mismo. La novedad se divulgó entre la comunidad agrícola del estado de Wisconsin, donde la familia se había establecido. Un día, cierto colportor adventista cristiano, que se dirigía al oeste del país, llegó a ese lugar en una carreta tirada por caballos. El colportor se detuvo en una explanada del camino, y preguntó a los agricultores si había allí alguna Iglesia Adventista del Séptimo Día. Y los agricultores preguntaron:

- ¿Qué es eso?

- ¿Vive por aquí alguien que adora en el día Sábado?

-Sí. Por aquí vive un hombre de apellido Venden, que guarda el sábado. Entonces informaron al colportor a cuántos postes de distancia vivía mi abuelo. Y el hombre se presentó en la

entrada de la finca, precisamente cuando el sol se ponía un viernes de tarde. Descendió de la carreta y preguntó a mi abuelo:

- ¿Usted se apellida Venden?

-Sí.

- ¿Es usted adventista del séptimo día?

- ¿Qué es eso?, preguntó mi abuelo.

-Bueno, dijo el colportor, ¿guarda usted el sábado?

-Sí, señor.

-Bien, permítame estrechar su mano.

Y así conoció mi abuelo al primer adventista del séptimo día. Invitó al colportor a quedarse ese fin de semana con ellos. Se sentaron a la mesa del comedor, y el colportor sacó algunos libros, y empezó a explicar cosas sobre las cuales mi abuelo había estado pensando. A mi abuela no le gustó nada el asunto, así que se sentó en una esquina, y empezó a tejer furiosamente, pero no pudo evitar escuchar con un oído, y pronto atravesó el comedor, y se sentó con ellos.

Mi abuelo Nels se hizo adventista del séptimo día, ese mismo fin de semana. Más adelante se mudó con su familia a la costa del oeste. Todos sus hijos e hijas y sus descendientes, más de setenta de ellos, han sido adventistas cristianos. Y yo pienso, “¿no es grandioso? Me siento agradecido por esto”. Y estoy orgulloso de mi abuelo Nels.

También agradezco lo sucedido cuando se estaba muriendo. Mi padre, que tenía entonces nueve años, y toda la familia estaba reunida alrededor de su cama. Y mi abuelo, como un antiguo patriarca, oró para que todos se encontraran en el Cielo. Pidió a los presentes, uno por uno, que prometieran encontrarse de nuevo con él. Me encanta esa clase de fe sencilla, esa clase de confianza que tenía entonces la gente del viejo continente. Como resultado de estas historias inspiradoras, me he vuelto un fanático de la crianza a la noruega.

Pero mi herencia, mis antecedentes, no significan nada, si no me he convertido personalmente en hijo de Dios. Usted debe sentirse agradecido, si entre sus antepasados tiene familiares amados que defienden la Biblia y la verdad. Pero aun así, tendrá que nacer de nuevo en el reino de Dios. Él no tiene nietos.

La Biblia es bien clara, cuando dice que una vez que usted ha nacido de nuevo, se le adopta en la familia de Dios. Usted lo sabe, ¿no es cierto? Lo encontramos en Gálatas 4:4:

“Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestro corazón el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Padre, Padre! Así, ya no eres más siervo, sino hijo. Y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo”.

Antes era un desterrado, forastero en la tierra: por nacimiento, extranjero, y pecador por elección; Mas nombre propio obtuve, por mi adopción: Y heredero soy de un manto, una corona y una mansión.

Tan pronto nacemos de nuevo, Dios está dispuesto a adoptarnos como sus hijos. El hecho de haber aceptado su amorosa invitación, para nacer espiritualmente en su reino, es lo que hace posible que Dios nos adopte. Él es el gran Padre adoptivo del universo. Así que si alguno de ustedes ha

estado coqueteando con la idea de adoptar un hijo, tiene un buen ejemplo en Dios.

Durante ocho años, mi esposa trató de convencerme para que adoptáramos un hijo. Por mucho tiempo no quise tener nada que ver con el asunto. Un día dije:

- Bueno, si el padre fuera presidente de la Universidad de Harvard, y la madre una reina de belleza, quizá lo pensaría.

- Tú no eres presidente de la Universidad de Harvard, me contestó.

- Tampoco tú eres una reina de belleza, le argüí; y seguimos discutiendo.

Cuando uno tiene sus propios hijos, y descubre que uno de ellos va por malos caminos, se resigna a sufrir las consecuencias. Si los hijos salen buenos, por supuesto, es un asunto hereditario. La ventaja de los que adoptan un niño es que, si éste sale bueno, se deberá al ambiente que usted le habrá provisto; pero si no sale tan bueno, la culpa no será suya, pues se deberá a la herencia que usted no le dio.

Al considerar todos estos factores, usted piensa: “¿A quién se parecerá el niño? ¡Me pregunto a quién se parecerá!” Por eso, yo pensé y consideré ambas caras del asunto, y los diferentes ángulos posibles. Entonces un día mi esposa me ganó. Ella conocía mi punto débil. Por fin encontró al niño idóneo. ¡El bebito era medio noruego! Y nunca lo lamentamos. ¡Cuánta emoción! Tener a su hijito o hijita que ha elegido, especialmente cuando se le acerca y le dice: “¡Papito, te quiero mucho!” No hay quien se resista. Saber que este niño también lo ha elegido a usted, es una experiencia única en su clase. Pero ya sea el hijo propio o adoptivo, siempre se corren riesgos. Ahora quisiera cambiar el cuadro. Contemplemos al gran Dios de los cielos, al bondadoso Padre adoptador universal. Él baja la vista, y se encuentra con una larga lista de personas dispuestas a ser adoptadas. En la lista hay un ladrón que cuelga de una cruz. ¡Cuidado, Dios! ¡Cuidado con el aspecto hereditario! Dios dice: “Lo adopto”. ¿Sí? Aquí ve a un hombre que huye. Es un usurpador, un mentiroso, un ladrón y un engañador. Está huyendo de su casa. Es un fugitivo en el desierto, su hermano está ofendido con él, está dispuesto a matarlo. Y Dios envía una escalera que va de la tierra al cielo, y dice: “Lo adopto. Lo adopto”.

Luego, ve a una mujer que ha tenido tremendas luchas. Estuvo endemoniada siete veces. ¿Herencia? Mejor ten cuidado, vecino. ¡Cuidate de ella! ¡Es demasiado riesgoso! Pero Dios mira y dice: “La adopto”. Y yo digo: “Esto no es cosa de humanos. Esto es divino”.

Aquí hay uno de raza amarilla. Dios dice: “¡Lo adopto!” Por allá otro de raza negra. Dios dice: “¡Quiero adoptarlo!” Allá hay un tercero de raza blanca. “También quiero adoptar a éste”. ¿Así funciona esto? He sabido de algunas personas, que parecen tener la misma compasión que corre por sus venas. Adoptan personas, muy pocas parecen tener esa clase de corazón. ¡Pero Dios es nuestro ejemplo! Y me adopta mí. Lo adopta a usted. Adopta a todos los que estén dispuestos a ser llamados hijos, y les da la bienvenida en su familia. Entonces les dice: “Yo soy vuestro Padre”.

¿Cuándo llegamos nosotros a ser hijos de Dios? Ahora.

¿Cuándo es ahora? Cuando creemos, cuando aceptamos. Y Él ha hecho provisión mediante el poder de su Espíritu Santo, para que nos conformemos a la imagen de su Hijo. Y Dios dice: “Si tienes a mi Hijo, tienes la vida, la vida eterna”. Y cualesquiera sean tus malas tendencias hereditarias o cultivadas, hay un poder que puede transformarte y hacerte feliz, darte paz por toda la eternidad. Y Él nos dice como a su Hijo: “Eres mi hijo amado. Me complazco en ti”.

- Oh, pero yo he estado metiendo la pata, dice usted.

Soy inmaduro, cometo errores y fracaso.

- Sí, dice Dios, pero sigues siendo mi hijo.
- Pero, Señor, ¿cómo puedes tú adoptar a personas que son hijos del demonio?

Y el mismo Jesús dijo:

- Tú eres del demonio, tu padre es el demonio.

Y algunos de los que escuchaban en esa ocasión fueron adoptados. ¿Hijos de Belial? Sí. ¿Hijos del Trueno? Sí, también del trueno. Vez tras vez, percibimos el poderoso amor de Dios y su devoción paternal.

Entonces usted dice:

- Yo creía que Dios era un tirano. Pensé que él trataba de castigarme.

No, Él es tu Padre, y quiere que tú y yo seamos más que sus nietos. Él nos quiere como hijos.

Pienso en Moisés que fue adoptado por la hija de Faraón. La princesa Hatshepsut fue la única mujer que reinó en Egipto. Ella escogió a Moisés, porque su padre no tenía heredero. Este fue adoptado en la familia terrenal, mundanal, con el fin de que reinara. Pero llegó el día, dice Hebreos 11, en que él “rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado”. (versículo 24). ¿Por qué? ¡Porque había sido adoptado por Dios!

Un día observé a través del cristal, las momias egipcias en un museo de El Cairo, lugar donde podría haber estado la de Moisés. No pude menos que pensar en la diferencia que hay entre ser elegido hijo de Dios, adoptado en su familia, y haber nacido en el seno de la más grande nobleza del mundo, con sus palacios, sus tronos de marfil y sus leones esculpidos. ¡Cuánto mayor privilegio! ¿No es cierto? Él eligió más bien ser hijo de Dios.

Cierta vez conocí a una muchacha que quería casarse con un pastor, porque según ella, eso le daría un pase seguro para entrar en el Reino de los Cielos: justificación por el matrimonio. Pero lo cierto es que ambos, en forma individual, tuvieron que nacer de nuevo, y ser adoptados en la familia de Dios.

Por eso mi pregunta es: ¿Ha descubierto usted la gran verdad, de que aunque Noé, Job o Daniel estuvieran en la tierra, sólo podemos encontrar liberación mediante nuestra responsabilidad personal hacia el plan de salvación? ¿Ha descubierto usted, junto con Moisés, que la experiencia más feliz de la vida es ser adoptado en la familia de Dios; llamar Padre al Señor Todopoderoso; comprender que Él está listo a vigilar cada pulgada del camino, para cerciorarse de que usted reciba su herencia? Así son los padres, ¿no es cierto? ¿Conoce usted a este Padre, como su amigo personal, como su verdadero Padre?

Cierta vez, un peluquero me preguntó cuál era mi profesión. Le contesté que era un predicador adventista. Él volvió a preguntarme:

- ¿Por qué es usted adventista?

Y entonces procedí a darle todas las buenas razones.

Volvió de nuevo a preguntarme:

- ¿Qué era su padre?

- Adventista, le respondí.

- ¿Por qué es usted predicador?, preguntó entonces. Y le di todas las buenas razones que pude encontrar. Luego, él inquirió:

- ¿Qué era su padre?

- Mi padre era un predicador, repliqué. En ese momento, yo ya quería irme de la peluquería.

Si bien este hombre era un escéptico, a quien le gustaba fastidiar a la gente en cuanto a Dios y la religión, no puedo evitar oír la voz de Dios, haciéndome las mismas preguntas a su manera. Él pregunta a todo el mundo, estudiantes universitarios, jóvenes, miembros que tienen cuarenta años, y aquellos que han sido miembros durante cuarenta años.

Dios pregunta:

- ¿Por qué eres cristiano?

- Oh, soy cristiano de tercera generación.

- Eso no tiene ningún valor, declara el Señor.

No niego que ser cristiano de tercera generación tiene sus ventajas, pero no se toma en cuenta. ¿Por qué? Porque yo he encontrado una relación personal y significativa con mi Padre celestial.

¿Por qué es usted adventista?

- Bueno, así me criaron. Esos son mis antecedentes. No tuve mucha oportunidad de elegir.

No, creo que el mismo Dios, al igual que el peluquero escéptico, está haciendo la misma pregunta. ¿Por qué es usted lo que es? ¿Por qué? Y mientras él sigue preguntando, quiero darle una respuesta convincente, inteligente, comprensiva, voluntaria. ¿Y usted?

Hoy estoy agradecido por el amor de Dios, porque Él puso ese amor en los corazones de padres y madres, cuando se sientan a leer o a lavar los platos, y reaccionan amorosamente cuando un pequeñín llega bamboleándose, y tira del delantal o pantalón. Cuando su hijito dice: “Mami, papí, te quiero mucho”, usted se da cuenta de que la emoción que corre por sus venas se parece a la que Dios siente cuando le correspondemos. Todo el amor que vemos aquí reflejado no es más que una sencilla ilustración, un pequeñísimo ejemplo del gran amor de Dios, que es al Autor de todo. Y cuando nos arrodillamos espontáneamente delante de Él, sin que nadie en la Iglesia nos mire o motive, y sin que medie ningún estímulo externo, y decimos: “Dios mío, yo te amo”, debe significar para Él diez mil veces más, que cuando ese niño se lo dice a usted o a mí.

¿No es cierto?

El Dios que permitió que se inventara la cinta magnética para grabaciones, que podría haber

tenido diez millones de grabadoras repitiendo: “Señor, te amo”, consideró que sería un premio mayor, que los seres humanos inteligentes, individualmente, eligieran decir: “Gracias, Señor mío, por adoptarme como tu hijo. Yo también te amo. Yo también te escojo a ti”.